



Del ♥ del maestro al ♥ del alumno

Mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. –Isaías 55:11

El corazón del alumno es la tierra en la que nos toca sembrar la Palabra de Dios. No es una tarea fácil, pero tiene una promesa de recompensa. El mensaje será prosperado y producirá fruto.

Según la Parábola del Sembrador, en Marcos 4:1-20, hay diferentes tierras, que reciben de diverso modo la semilla. Algunos corazones son como la tierra dura junto al camino, donde la semilla no puede penetrar. Otros, son como la tierra entre pedregales, sin profundidad, donde el sol quema las pequeñas plantas que brotan. Otros, a su vez, son como la tierra donde crecen espinos que ahogan las plantas. Gracias a Dios, hay también corazones que son como la buena tierra, donde la semilla puede producir fruto en abundancia.



**ORE QUE EL SEÑOR
LE DÉ FRUTO EN ABUNDANCIA**

Para no desanimarnos en nuestra labor, es importante comprender esta parábola. No todos los niños reciben del mismo modo la palabra que sembramos, pero podemos orar para que la mayor parte de nuestra enseñanza caiga en buena tierra.

¿Cómo se debe presentar la Palabra para obtener los mejores resultados? Siga los siguientes consejos prácticos.

Aprenda el arte de narrar historias

El maestro cristiano debe afanarse en presentar siempre de modo atractivo la Palabra de Dios. La narración de historias es uno de esos medios que, bien usado, mantiene a los oyentes en suspenso, sin que deseen perder ni una sola palabra.

Así como el vendedor está convencido de su producto –PROBADO Y GARANTIZADO– y pone todo de su parte para venderlo, del mismo modo hace el narrador. Dice de manera atractiva lo que cree, y cree lo que dice.

El arte de narrar historias nunca ha perdido su valor, especialmente tratándose de historias bíblicas. La narración produce en la mente del niño una plataforma desde la cual puede obrar el Espíritu Santo. ¿No es justamente eso lo que deseamos lograr?

Estudie a continuación la estructura de una buena narración:

Introducción: sirve para despertar interés y unir los pensamientos de los alumnos. También se usa para introducir al personaje central de la historia y presentar el problema. Se puede hacer con preguntas, ademanes, ilustraciones, y objetos visuales. Debe ser variada.

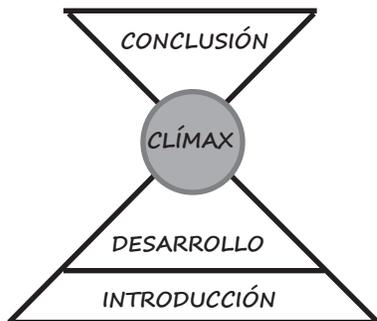
Ejemplos:

(1) Hoy les voy a contar la historia de David y Goliat.

(2) Imaginemos un campo de batalla. Dos ejércitos luchan, el uno contra el otro. En uno de los bandos se halla un gigante, desafiando al enemigo. Los soldados tiemblan de miedo...

¿Cuál de las dos introducciones despertará más curiosidad en los alumnos? La respuesta es obvia, ¿verdad?

Desarrollo: debe incluir mucha acción. Se debe presentar en orden los acontecimientos, y deben ir edificándose uno sobre otro en dirección al CLÍMAX. Es bueno un fuerte conflicto que mantenga el interés en el desarrollo del problema.



Clímax: es el momento culminante, cuando se resuelve el problema de la narración. El maestro debe sentirlo en su propio ser, para poder comunicarlo a los alumnos. Cuánto más real sea para ellos, tanto mayor satisfacción obtendrán.

Ejemplos:

(1) Un expositor hablaba fervientemente de la importancia de entregar los diezmos al Señor. Llegando al clímax, exclamó: «Es buenísimo todo esto, pero yo no lo practico.»

(2) Otro expositor, hablando sobre el mismo tema, dijo: «Por experiencia propia, puedo testificar de la bendición que trae el entregar los diezmos al Señor. Desde que cumplo con ese deber, no tengo grandes problemas en mi negocio.»

¿Cuál de estos dos ejemplos hace el mayor impacto? Decida usted la respuesta.

Conclusión: es la parte más difícil; pero en sí, la de más importancia. Terminan los detalles de la historia y se aplica la verdad espiritual. Debe ser como una flecha que llegue directamente al corazón. ¡Corta, pero penetrante!

Para recalcar la importancia de la narración, fíjese en algunos de los efectos positivos que produce:

- Despierta la curiosidad
- Estimula la imaginación
- Provee material para el razonamiento
- Es alimento para la memoria
- Apela directamente a la conciencia

«Vivir» la historia es la mitad del éxito

Nuestra Biblia está repleta de historias para todos los tiempos y para cada edad. Juntamente con las historias tenemos al incomparable narrador, nuestro Señor Jesucristo. Cuando Él relataba sus parábolas, la gente se interesaba de tal modo que hasta se olvidaba de comer (véase Mateo 15:32-39).

La fuerza en las narraciones de Jesús radicaba en los ejemplos de la vida real que Él daba. Todos podían comprender lo que quería decir.

«Vivir» la historia significa identificarse con ella, de tal modo que uno sienta como si está en medio del acontecer que relata. No sólo el narrador, sino también el oyente, deben sentir que están participando del acontecimiento. Para ello hay que imaginar detalles como:

- colores y tamaños
- ruidos
- colores y sabores
- acciones



Use un lenguaje pintoresco y sencillo

Es de suma importancia usar palabras que los niños, según su edad, puedan comprender. Como nuestro propósito es presentar el evangelio lo más atractivo posible, tiene que ser con un vocabulario al alcance del grupo a quien enseñamos. Si los niños logran entender el mensaje, podrán ser «*compungidos de corazón*», como sucedió en el día de Pentecostés (Hechos 2:37-39).

Por regla general, explique las palabras complicadas. Otra buena norma es variar el tono de voz.

Por ejemplo:

Recio y despacio..... mandatos y autoridad

Recio y rápido..... noticias alarmantes,
emociones fuertes

Suave y despacio..... cariño, tristeza

Suave y rápido..... secretos, cosas íntimas

Cómo enseñar nuevas verdades

Siempre enseñe nuevas verdades mediante verdades ya conocidas. Tome como norma comenzar a enseñar aquello que los alumnos ya saben, para luego seguir con aquello que no conocen. Jesús siguió esta regla. Para introducir verdades espirituales, Él hablaba de cosas comunes y conocidas.

- A la samaritana, que vino a sacar agua del pozo, le habló del agua de vida.
- Al pastor de ovejas, se presentó como Buen Pastor.
- Habló de las aves y las flores para enseñar sobre el cuidado de Dios para con nosotros.
- Hizo un milagro de multiplicación de panes para presentarse como el Pan de Vida.

Aprenda a usar una frase clave

Escoja una frase –un refrán, una oración o un texto bíblico– y úsela como «frase clave». Repítala varias veces en el transcurso de la lección para dar al alumno un punto de referencia en cuanto a lo que le está enseñando.

El énfasis de una verdad espiritual a través de toda la lección servirá como puerta abierta al Espíritu Santo. Se lo digo por experiencia, pues hay lecciones que escuché en mi juventud y aún no olvido, gracias a que el predicador usó una «frase clave».

La frase clave puede ser el título de la lección, el texto para memorizar, algo dicho por el personaje central, o un refrán alusivo.

No pierda la verdad central

No pierda la verdad central por exponer detalles. Al introducir en nuestra enseñanza detalles de valor secundario corremos el peligro de olvidar lo principal. Los detalles pueden ser de mucho interés, pero no olvidemos de dar prioridad al mensaje de salvación. Alguien lo expresó así:

«Lo importante no es que el alumno sepa la distancia entre Nazaret y Jerusalén, sino que sepa lo que separa de Dios su propio corazón. No vale nada saber la geografía de los viajes de San Pablo, si no se aprende a traer al propio extraviado corazón al Señor.»

Expulse de su clase el desorden

Si usted se presenta ante su clase bien preparado, no se le hará un problema mantener el orden. Si siente confianza en sí mismo y en lo que está haciendo, podrá mantener sus nervios bajo control; pero si ha descuidado la parte de la preparación, ¡cualquier incidente lo dejará frustrado!

En cierto momento quizá tenga ganas de dar un sacudón a sus alumnos; pero debe reflexionar si son ellos o usted que necesita ser sacudido.

Póngase en el lugar del alumno

¡Cuán importante es que el maestro se identifique con sus alumnos! Para llegar con el mensaje desde nuestro corazón al corazón de los niños, tenemos que pensar en lo que a ellos les interesa y averiguar cuáles son sus necesidades. De acuerdo a esa investigación, preparemos y presentemos la enseñanza.

Querido maestro: no olvide que hace algunos años usted fue pequeño, tal vez travieso e inquieto. Así, como alguien lo amó, ¡jame también a los niños!

Permita el diálogo

Cierta mañana, en la escuela dominical, una alumna no dejaba de zapatear. A la maestra le incomodó mucho esa actitud y reprendió a la niña. «Sólo quería que usted viera mis nuevos zapatos», dijo ella.

Dialogar es conversar. Muchos niños necesitan alguien con quien intercambiar ideas. A usted le toca ver la manera de introducir el diálogo en su clase.

Cuando la niña de los zapatos nuevos pudo intercambiar un par de palabras con su maestra, después se mantuvo quieta. Pida al Señor que le dé mucha sabiduría para ser prudente en este aspecto.

Siga la dirección del Espíritu Santo

Como maestro, usted es un instrumento en las manos de Dios. Si quiere llegar con el mensaje de su amor al corazón de sus alumnos, permita que el Espíritu Santo sea su guía. Sea muy sensible a la voz del Espíritu. No olvide que Él es quien convencerá a los oyentes de pecado, de justicia, y de juicio.



Reglas para mantener el orden

MEDIDAS PREVENTIVAS

- Mantenga a los alumnos ocupados e interesados.
- Dé oportunidad a los alumnos para que se expresen y participen.
- Evite las interrupciones.
- Desarrolle un programa ágil, variado, y preparado de antemano.
- Dé responsabilidades a los más activos.



MEDIDAS CORRECTIVAS

Úselas sólo como recurso extremo, y con el mayor disimulo, evitando en lo posible interrumpir el programa.

- Saque cualquier objeto que distraiga la atención.
- Guarde silencio, y no siga hasta que se restablezca el orden.
- Mire firmemente al culpable, aunque siga con el programa.
- Pida a un ayudante que se siente entre el grupo que hace desorden.
- Cambie a un niño de asiento.



LO QUE NUNCA DEBE HACER

- Castigar físicamente.
- Reprender por falta de atención: la culpa es suya porque no la supo mantener.
- Censurar a un alumno delante de otros, avergonzándolo.
- Hablar con enojo o irritación, pues pierde el dominio y el respeto.
- Hacer caso de los alumnos que quieren hacerse ver; ignórelos.
- Prometer o amenazar con aquello que no puede o que no tiene intención de cumplir, pues su palabra pierde toda autoridad.



(Fuente desconocida)